

ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR—D. JUAN.

- JUAN.** Son ilusiones, Leonor,
que nuestra mente exaltada
inventa para impedir
que nos deje la esperanza.
- LEO.** Así mi valor alientas?
Así, mi Don Juan, desmayas?
- JUAN.** Bien sabe Dios, que comprende
lo que en el fondo del alma
de Don Juan está pasando,
que nunca de mi demanda
cedería si pudiera,
bella Leonor, alcanzarla
á costa de sacrificios,
peligros y cuchilladas.
Mas de probar el esfuerzo
de mi brazo no se trata,
sino de evitar el rayo

que á nuestras frentes amaga,
conjurando el huracan
que tanto bien me arrebató.
Y todos son imposibles. . . .
el remedio? . . . no se halla.
Quién podrá contrarestar
la voluntad soberana?
Quién al marques de los Velez
podrá arrancarle la palma?
El rey por legal derecho
te lleva ante el ara santa
con la dignidad suprema
que corresponde á tu casa:
te da por esposo á un héroe,
cuyas gloriosas hazañas
alborozada publica
por todo el orbe la fama.
Y con quién, sino contigo,
hombre de estirpe tan clara
pudiera enlazar su mano?
tú sola eres digna. . . .

LEO.

Calla!

que al escuchar tan juiciosas
y peregrinas palabras,
este amante corazón
de enojo llenas.

JUAN.

Repara. . . .

LEO.

Qué es reparar! De valor,
de intrepidez, de constancia,
ejemplo al fuerte Don Juan
tendrá que darle una dama?
En buen hora que Fajardo
por su cuna y prendas raras
merezca que le corone

la mejor hembra de España.
Sé que es galan, generoso,
y muy discreto en sus pláticas;
pero sin que yo rebaje
su perfeccion estremada,
cuando ha llegado. . . . mi seno
henchido de amor estaba,
y mugeres como yo
nada mas que una vez aman.

JUAN. Ah! . . . qué noble es el espíritu
que dentro del pecho guardas!

LEO. Yo veré á su magestad,
y le diré que no basta
para aceptar una boda
la voluntad de un monarca.
Que ya di en mi corazon
ha tiempo al amor entrada,
y que este amor, en la tierra
ninguna fuerza lo arranca,
porque el corazon es libre,
y el corazon no se manda.

JUAN. Pero si tu voluntad
de ese modo le declaras,
lo tomará á irreverencia. . . .

LEO. Y bien?

JUAN. Perderás su gracia.

LEO. Con eso me dejará
vivir en paz.

JUAN. No, te engañas:
te encerrará en un convento,
y allí triste, solitaria,
devorarás las memorias
de un amor sin esperanza.

LEO. Pues iré á encerrarme en él

sin que de mis labios salga
ni un suspiro, ni una queja. . . .
JUAN. Pero, Leonor adorada, . . .
qué será entónces de mí?
te olvidas de cuán amarga
será de Don Juan la vida?
Allí por mí sepultada,
perdida la libertad,
marchitando con tus lágrimas
de tan bella juventud
las ricas y puras galas. . . .
Oh! . . . jamas; ántes la muerte
sabré darme. . . .

LEO. Conque nada
segun eso ya nos resta?
no hallo medio que te plazca? . . .

JUAN. Yo bien quisiera que el cielo
nuestra mente iluminára. . . .

LEO. Pero si en cuantos caminos
mi pobre ingenio se lanza,
con tus severas razones
lo desanimas y atajas. . . .

JUAN. ¡Y qué he de hacer, Leonor mia,
si comprendo, por desgracia,
que la inconstante fortuna
nos ha vuelto las espaldas?

LEO. Pues ello es fuerza encontrar
remedio á desdicha tanta,
y lo hallaré, sí, por cierto.

JUAN. Es grande la confianza
que tengo en tí; pero. . . .

LEO. Cesa!
no mas dudas. . . . Dios me ampara!
Mi hermana me quiere mucho,

y en talento me aventaja:
conoce nuestra pasión,
y sabe lo que nos pasa;
y si una vez se decide
á proteger nuestra causa,
nuestra será la victoria. . . .
su poder á mucho alcanza.

JUAN. Doblo mi frente, Leonor;
una vez rota la valla,
acepto las consecuencias
de nuestra amorosa llama.

LEO. Pues á Dios, que al punto voy
de la condesa á la estancia.

JUAN. Ay! . . . á Dios. . . . y él ponga término
á nuestras mortales ansias.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.

No nos queda mas recurso:
si este medio no nos salva
con él, en la tempestad
perdemos la mejor áncora.
Quién sabe? puede que no. . . .
confío en mi pobre Blanca:
ella, que sabe sentir
como pocas esta insana
y cruel lucha de amor,
hará por darme la calma;
todo el bien que puede hacer. . . .
Y esto tal vez la distraiga
de ese tenaz pensamiento

que do quiera la acompaña. . . .
Sí, sí; porque haciendo bien
las almas puras descansan.
Voy á arrojarme en sus brazos. . . .
pero ella aquí sale. . . .

ESCENA III.

DOÑA BLANCA—DOÑA LEONOR.

LEO. Ah! hermana. . . .

BLAN. Lágrimas ya sulcando las serenas
frescas mejillas de Leonor. . . . principian
á desgarrar tu corazón las penas?

LEO. Oh, cuántas! . . . dónde vas? . . .

BLAN. Dónde? . . . lo ignoro:
he salido hasta aquí. . . . ya me he olvidado
de cuál era el objeto. . . . Los latidos
que hoy me da el corazón me desvanecen,
me abruman. . . . y trastornan los sentidos.
Estoy tan agitada. . . . tan inquieta,
que vago sin cesar. . . . Oh! tengo miedo
de verme á solas. . . . y por eso giro
pero aquí te encontré y aquí me quedo.

LEO. A buscarte iba yo. . . .

BLAN. Gracias, hermana:
tu llanto ibas á unir al llanto mío?
Has pensado muy bien, las que padecen
de este ciego anhelante desvarío. . . .
deben buscarse y devorar unidas,
sin que el mundo lo sepa, sus dolores.

LEO. Iba á gemir y á reclamar tu amparo,
único bien que resta á mis amores.

BLAN. Mi amparo! . . . por ventura

la que está condenada á este martirio,
á este afan destructor, hondo, profundo. . . .
podrá endulzar de nadie la amargura?
de qué su amparo servirá en el mundo?

LEO. Ay! . . . Blanca, por piedad! no desconfies
de un poder que sostiene mi esperanza:
tú puedes conseguir que en favor mio
incline la justicia su balanza.

BLAN. Lo crees así, Leonor? yo decidida,
porque logres tu anhelo, estoy á darte,
si la has menester hoy. . . . hasta la vida.
Pero qué puedo hacer? ir desolada
á arrojarme á los pies del soberano?
Dirá que su palabra está empeñada,
es severo, y mi ruego será en vano.

LEO. Es cierto, y nada espero,
una vez empeñada en esta boda,
de Felipé tercero.

Mas si tú con tu acento apasionado,
con esa voz de mágico sonido
que las almas conmueve. . . . aquí dijeras. . .
“El noble caballero que ha escogido
el rey para Leonor, la ensalza mucho:
nunca tal honra merecer creia,
y con orgullo si la fuera dable
tan alto galardón aceptaria.
Pero Leonor ha tiempo que en el alma
alimenta un amor honesto y puro
que de toda su fé lleva la palma:
no es de Leonor el corazón bastardo,
y no sabe mentir”. . . . Si esto dijeras
al marques de los Velez. . . .

BLAN. A Fajardo!!!

o. Pues si. . . .

BLAN. Qué es lo que pides! . . .

LEO. Qué te inquieta?

BLAN. Hablarle yo al marques! . . .

LEO. Qué hay que lo estorbe!

El como nadie tu opinion respeta. . . .

BLAN. Sin duda has olvidado
una historia de lágrimas
que anoche te he contado.

LEO. Pues. . . cómo! . . .

BLAN. Sí, te dije que existia
sobre la tierra un hombre, cuya imagen
tenaz á todas partes me seguia:
que era ilustre. . . .

LEO. Es verdad! . . .

BLAN. Joven, gallardo. . . .
y anoche aquí, Leonor, perdí el sentido! . . .
comprendes ya quién es!

LEO. Era Fajardo!

BLAN. Y habrás tambien ahora comprendido
el rigor de la estrella que preside
mi destino fatal. . . .

LEO. Sí; todo, todo

ante mis ojos hoy claro parece. . . .
para nunca volver. . . . ay! de partida
va mi esperanza! . . . y tu infortunio crece!

BLAN. Mal astro alumbra nuestra pobre vida!
No sufre aun el pensamiento mio
bastante agitacion. . . . no basta que huya
del mundo, y que en la noche solitaria,
y un día y otro día, eleve al cielo
fervorosa plegaria,
para arrancar por siempre de mi seno
esta pasión que á mi virtud sonroja. . . .
es forzoso apurar todo el veneno,

y al marques el averno aquí me arroja!
El averno. . . qué digo y no podria,
el cielo ser para probar el temple
de la virtud que guarda el alma mia?
Quién sabe. . . si yo logro en esta prueba,
prueba terrible, sí. . . pero segura,
triunfar del corazon. . . que mi memoria
por todas partes resplandezca pura. . .
si de cerca mirando esa hechicera,
temida imágen que enloquece el alma,
indigna de esta fe me pareciera. . .
Oh! . . . puede ser. . . nosotras muchas veces
al lanzar nuestra ardiente fantasía
un objeto ideal aquí formamos,
que es solo una ilusion. . . Ah, Leonor mia!
sí. . . sí. . . un esfuerzo mas y nos salvamos!

LEO. Qué dices? . . .

BLAN. Que no dejes la esperanza
de tu seno escapar. . . aun hay remedio,
el afan de hacer bien á mucho alcanza.

LEO. Vas á hablar á Pajardo. . .

BLAN. En cuanto llegue
de tu amor le hablaré, de tu fatiga. . .
siento aquí germinar de un vigor nuevo
el ardiente raudal. . . será mi enseña
tu bien, y alcanzaré doble victoria. . .
me parece que ya de mí soy dueña.

LEO. Estás segura?

BLAN. Oh! sí: no ves mi frente
que altiva vuelve á alzarse, y mis pupilas
con la luz del orgullo refulgentes?
Mi espíritu abatirse ante la sombra
de un mortal. . . . como todos, pobre arena!
desde hoy he de mirarle fijamente,

y el miedo ahuyentará que me enagena.

CRIADO. *(que sale.)*

El marques de los Velez.

BLAN. *(Ay! . . .)*

LEO. *Quédices! . . .*

BLAN. Que al punto puede entrar. *(Vase el criado.)*
Déjame sola.

LEO. Pero. . .

BLAN. Vete, Leonor!

LEO. Si vences, Blanca. . .
mereces de los santos la aureola.
(Doña Leonor se retira por la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA *Despues D. LUIS.*

BLAN. Vamos á ver, corazon,
cuál de los dos puede mas:
ha largo tiempo que estás
en continua rebelion,
y ya que á lidiar salí,
quiero al momento saber
si tú me puedes vencer,
ó si te venzo yo á tí.
La lucha á trabarse va,
lucha á muerte entre los dos. . .
aliente á quien quiera Dios. . . *(Escuchando.)*
Se acerca. . . *(Sale Don Luis.)*

Bueno. . . aquí está

LUIS. Señora. . . anoche salí
lleno de viva inquietud. . .

BLAN. Por qué?

LUIS. Por vuestra salud;

cesó el accidente. . . .

BLAN. Sí.
LUIS. Como fué tan impensado,
produjo en mí un interes. . . .

BLAN. Mucho agradezco, marques,
vuestro amistoso cuidado.

LUIS. Llegué en mal hora, y me pesa;
á Don Juan lo dije así.

BLAN. Dijisteis. . . .

LUIS. Que entraba aquí
con mal pié, noble condesa.

BLAN. Y quien tan altos blasones
como vos logró alcanzar,
puede jamas abrigar
tan vagas supersticiones?

LUIS. No hay blason ni gerarquía,
que evite su influjo ciego:
ellas son hijas del fuego
de la jóven fantasía.
Y miétras hay corazon,
aunque se oponga el talento,
nuestro febril pensamiento,
delira. . . .

BLAN. (Tiene razon!)
Y no os sentais. . . .

LUIS. Aceptara
el honor que me brindais
con placer; pero aun estais
indispuesta, y me pesara
llegaros á molestar:
por tanto, si permitis. . . .

BLAN. No os vayais, señor Don Luis,
porque tenemos que hablar.

LUIS. Que hablar los dos. . . .

BLAN. Sí, marques.

LUIS. (Acercando un sillón.)

En ese caso, varía
la cuestion. . . señora mia;
me teneis á vuestros pies.

BLAN. Tengo un cargo que cumplir. . . .
y al cumplirlo, al cielo pido
que no os deis por ofendido
con lo que voy á decir.

LUIS. No juzgueis que son agravios. . . .
Así lo haré en muy buen hora,
pues no lo serán, señora,
en vuestros divinos labios.

BLAN. Tened los vuestros, Don Luis. . . .
porque eso me da disgusto. . . .

LUIS. Perdonad. . . pero soy justo.

BLAN. (Ay cielos!)

LUIS. Conque decis?

BLAN. Mi hermana Doña Leonor
reconoce. . . y esto es llano,
que alcanza con vuestra mano
un alto y cumplido honor.
Desde ántes de conoceros,
por vuestros hechos de guerra
sabe que sois en la tierra
modelo de caballeros.

Pero aunque acaso os asombre,
Don Luis, y en vuestra conciencia
lo tacheis de inconsecuencia,
deciros debo en su nombre,
que ha tiempo en su corazon,
este suceso ignorando,
gozosa está tributando
ofrendas á otra pasion.

- Pasion, dice, que jamas
de él podrá arrancar. . . . ya veis. . . .
- LUIS. Señora, no os molesteis. . .
comprendo bien lo demas. . . .
y tiene razon á fe.
- BLAN. Paréceme que no os pesa. . . .
- LUIS. Ya os dije, bella condesa,
que aquí entraba con mal pié.
Pero os he visto apurada
para esplicar lo que oí,
y os debo advertir que á mí. . . .
á mí no me asombra nada.
De esta boda ha sido el rey,
sabadlo, el único autor:
es mi monarca y señor. . . .
su voluntad es mi ley.
Mas decís que vuestra hermana
de una pasion viva, ardiente,
el fuego en el alma siente,
y callo: desde mañana
procuraré, y es razon,
que el rey de su empeño ceda,
y todo arreglado queda.
- BLAN. (Tiene seco el corazon.)
Conque os íbais á enlazar
por obediencia?
- LUIS. Eso es.
- BLAN. Sin amor?
- LUIS. Sin amor, pues.
- BLAN. Y no os asusta?
- LUIS. Asustar?
- BLAN. Sabeis el suplicio horrendo
que es vivir de un ser al lado
sin amar ni ser amado?

- LUIS. No lo sé, mas lo comprendo.
- BLAN. Entónces, si comprendeis
de ese dolor la fiereza,
por qué con tal ligereza
á sufrirlo os esponéis?
- LUIS. Ved que á sufrirlo me allano
sin oir mi voluntad:
lo manda su magestad,
y obedezco al soberano.
- BLAN. Pero si vos elegís
por amor una. . . . al momento
tendreis el consentimiento
del monarca, Don Luis.
- LUIS. Eso no os quiero negar;
mas por amor. . . . no podré
elegir nunca.
- BLAN. Por qué?
- LUIS. Porque yo no puedo amar.
- BLAN. Eso decís?
- LUIS. Os lo fio.
- BLAN. A vuestra edad así habláis?
es posible que sintais
el corazon tan vacío?
El sentimiento que Dios
puso con vivo interes
hasta en las fieras, marques,
os le habrá negado á vos?
- LUIS. Nos hemos lanzado ya,
condesa, en tales cuestiones,
que daros esplicaciones
cumplidas, fuerza será.
- BLAN. Yo no he pensado exigir. . . .
- LUIS. Es cierto, no habeis pensado;
pero habiéndome acusado,

debeis mi defensa oír.
Os quiero dar una prueba
de que os tengo por amiga. . . .
y plegue al cielo que diga
nada mas que lo que deba!

BLAN. Marques, dejarlo es mejor. . . .
me permití sin pensar. . . .

LUIS. Lo sé; pero debo hablar,
y lo hago cuestion de honor.
Con razones tan severas
mi espíritu acalorais. . . .
no quiero que me tengais
por mas feroz que las fieras,
sino haceros comprender,
aunque doble mi pesar,
que si yo no puedo amar. . . .
no es por falta de querer.
Os tengo veneracion:
confianza me inspirais,
y quiero que conozcais
tal cual es mi corazon.
Murmuran de mi desden,
y dicen, por decir algo,
que solo en la guerra valgo;
pero no me juzgan bien.
Sufriera ménos, lo juro,
del mundo en la confusion,
si fuera este corazon
de hielo ó de bronce duro!
Mas por desgracia, señora,
aunque reservarlo intento,
ese mudo sentimiento
ha tiempo que lo devora.
Conoceis ya vuestro error?

Pues bien, Doña Blanca amiga,
ahora, quereis que os diga
lo que entiendo por amor?
(Ay Dios!)

BLAN.
LUIS.

Amor es conjunto
de lo bello, y es tambien
de las glorias del Eden
el mas cumplido trasunto.
Es el astro encantador
nuncio del bien celestial:
lazo que estrecha al mortal
con el Supremo Hacedor.
El los males neutraliza:
él da á nuestra mente vuelo,
y cuanto toca en el suelo
lo engrandece y diviniza.
Es la fuente de venturas. . . .
y el amor en conclusion
es la primera pasion
de las pasiones mas puras.
Mas con prendas tan divinas,
si lo contemplamos bien,
ese amor tiene tambien
como las rosas, espinas.
Hermoso como jamas
ante mis ojos le vi,
fuí á tocarlo. . . . y cogí
las espinas nada mas.
Hirióme en lo mas sensible,
y aquí con mi herida quedo. . . .
por eso amar ya no puedo. . . .
porque adoro un imposible.
Imposible, que aunque es mucha
mi fuerza de voluntad,

toda es poca á la verdad
para vencer en la lucha.
Y aquí teneis al guerrero,
al buen soldado que aclama
por todas partes la fama
con el renombre de fiero,
luchando con su cariño;
reducido en su razon
á la pobre condicion
de un insensato, de un niño.
Al asaltar la muralla;
en la encendida pelea;
sobre la sangre que humea
en los campos de batalla;
por mas que ahogo y fatigo
el pensamiento y el lloro. . . .
el imposible que adoro
va siempre, siempre conmigo.
Y ahora os pregunto yo:
sabeis vos cuánto es horrible
adorar un imposible
como nadie lo adoró?

BLAN. Ver siempre un abismo abierto. . . .
Marques! . . .

LUIS. De oirme os cansais? . . .
perdonad. . . . pero llorais!

BLAN. *(Pasándose rápidamente las manos por los ojos.*

Yo! . . . llorar? . . . no; no por cierto. . . .
Estoy tan débil. . . . suspiro
sin saber. . . . hay cosa igual!
Ello sí. . . . me siento mal. . . .

LUIS. No os lo dije? . . . me retiro.
Cuidaos. . . . que vuestra salud

nos es de sumo interes.

BLAN. Si. . . . gracias. . . . á Dios, marques.
(Cruel. . . . horrible inquietud! . . .)

LUIS. *(Da un paso hácia la salida, y se detiene observando á la condesa.)*

*(No lo alcanzo á definir. . . .
no la he visto así jamas. . . .
Cielos! . . . habré dicho mas
de lo que debo decir?)*

(Va á acercarse de nuevo á la condesa; pero de pronto se detiene, y sale resueltamente de la estancia.)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

Ay! . . . que mi pobre espíritu fallece! . . .
me abandona el valor. . . . y cuanto miro
ante mis tristes ojos se oscurece.
Y tú. . . . débil muger. . . . por qué has osado
tender la mano al misterioso velo
que tu pasion frenética escondia?
Por qué como hasta aquí, su vista huyendo
no has devorado tu dolor á solas,
en silencio la duda manteniendo?
Pero qué pude hacer? Yo imaginaba
que al ver la realidad, que al acercarme
al mortal cuya sombra me acosaba,
por siempre se undiria en el olvido
la aventajada portentosa idea
que en malhora formé de su valía. . . .
mas la fatalidad quiere que vea,

para doblar la desventura mia,
un hombre en él tan tierno y generoso,
tan noble como yo me lo fingia!
Es preciso ya huir. . . mas, dónde, adónde
á mi virtud encontraré un asilo?
yo lo sabré encontrar. . .

(Viendo al conde que sale por el foro izquierda.)
Ah! . . . conde! conde! . . .

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA—EL CONDE.

- COND. Qué os sucede, señora? como nunca
os hallo hoy agitada. . .
por qué esa turbacion? . . . qué me revela
de angustioso y fatal vuestra mirada?
- BLAN. La turbacion que veis no os cause enojos,
que en ella para vos no existe agravio;
dejad, señor, de contemplar mis ojos,
y oid no mas lo que pronuncie el labio.
- COND. Os escucho.
- BLAN. Señor, con la franqueza
de un corazon leal nunca manchado
con la sombra mas leve de impureza,
hondamente afligida á vos acudo;
porque vos sois el único en la tierra
que me puede salvar, vos sois mi escudo.
- COND. Y bien?
- BLAN. A mi pesar voy á causaros
tal vez el mas profundo sentimiento
que sufristeis jamas. . .
- COND. Nada os importe.
- BLAN. Para calmar la agitacion que siento. . .

- dejad que me retire de la corte,
y que vaya á encerrarme en un convento.
- COND. Y no podré saber cuál el origen
ha sido de la angustia que os fatiga?
No me direis primero lo que os pasa,
y la grave razon que así os obliga
á abandonar, señora, vuestra casa?
- BLAN. No señor, no podéis. . . es imposible. . .
Dios y yo nada mas! . . .
- COND. Y vuestro esposo
derecho no tendrá. . .
- BLAN. Siempre habeis sido
conmigo delicado y generoso. . .
sedlo ahora tambien, que es el postrero
favor que he de pedir. . .
- COND. Doña Blanca,
tambien yo otro favor pedir. . . quiero.
- BLAN. Cuál es?
- COND. Que me escuchéis, porque sin duda
al cuidaros de vos, no habeis notado
que tambien vivo triste, y que aunque sufro,
ni una queja mi labio ha pronunciado.
- BLAN. Qué me podreis decir que no comprenda!
- COND. Luego sabeis de mi dolor la causa,
y obstinada seguis la misma senda?
- BLAN. Por piedad, noble conde. . . no aumenteis
mi horrible agitacion! Si consiguiera
que á costa. . . sí! de la existencia mia
fuérais dichoso, hasta la vida os diera!
Ved si estimo, señor, vuestra hidalguía!
Pero todo es en vano! . . . lo que os pido
concededme al instante. . .
- COND. Es demasiado
lo que exigis de mí. . . Quereis que os vea

indiferente abandonar mi lado. . . .
á vos, único bien que hoy atesora
un hombre que jamas os ha ofendido,
que se miraba en vos. . . . Oh! . . . no, señora!
Ya que avanzais á donde nunca pude
imaginar. . . . condesa! . . . quiero al punto
conocer el misterio tenebroso
que os rodea. . . .

BLAN.
COND.

No, no! . . .

Y vais á escucharme.

De franqueza os daré cumplido ejemplo. . . .
haced, señora, vos, por imitarme.
Sin violencia ante el ara vuestra mano
enlazásteis un tiempo con la mía:
digna de mí os hallé, y en vos fiado
honor, gloria, ventura, fama. . . . todo!
en vos deposité con alegría.
Y érais feliz entónces; por do quiera
vuestro decir festivo celebraban,
el hechizo y talento en vos reunidos. . . .
y entónces á mi vez cuando llegaban
vuestras glorias, condesa, á mis oídos,
de vos muy satisfecho me dejaban.
Este fué por entónces nuestro estado. . . .
Ya no somos felices, Doña Blanca! . . .
en qué consiste, pues? yo no he cambiado.
Ha un año que afligida os considero,
y en él. . . . no, no he faltado á lo que debe
á una dama cual vos, un caballero.
Ha un año que noté que se alteraba
vuestra salud: callé. . . . y velé por ella:
os agravásteis mucho, y me dijeron
que la fiebre era tal que delirábais. . . .
delirábais, señora! . . .

BLAN.

(Oh. . . . qué martirios. . . .)

COND. Mas yo de mi nobleza aconsejado. . . .
jamás quise escuchar vuestros delirios!
Aliviada despues, vuestra alegría
se ahuyentó sin dejar rastro ninguno:
he sorprendido el llanto en vuestros ojos
mas de una vez. . . . y no he sido importuno:
la vista de las gentes os cansaba,
y cerrar hice al punto mis salones:
vuestro labio calló. . . . también el mio:
siempre sola, en continuas oraciones,
respeté el sentimiento religioso
que os ocupaba. . . . y para vos he sido
un tierno padre, hermano cariñoso. . . .
Qué mas pude yo hacer? Eternamente
vuestro silencio hubiera respetado
si el imposible que me habeis pedido
no hiriera mi razon tan fuertemente.
Qué hay aquí que os ofenda? . . . hablad, señora:
qué os falta, y lo tendreis. Si habeis pensado
consagraros á Dios, á Dios se adora
desde el fondo del alma. . . . y si es tan grande,
tan ardiente la fe que hora os abrasa
que el sagrado de un templo necesita. . . .
qué mas templo, señora que mi casa!

BLAN.

Me estais atormentando. . . .

COND.

Hablad!

BLAN.

No puedo! . . .

y jamas hablaré!

COND.

Entónces, señora,

ya que vos no cedéis, tampoco cedo.

BLAN.

Si! . . . conde. . . . que os lo pido arrodillada!

COND.

Es inútil, alzád. . . . á lo que veo
os dejó la dolencia preocupada. . . .

y cumple á mi deber de esos escrúpulos
librar vuestra razon. Desde mañana
volverá á ser mi casa lo que un dia
de mas ventura fué. . . sin que por ello
se menoscabe vuestra fe cristiana.

BLAN. Queréis verme morir. . .

Quiero salvaros.

BLAN. Por la postrera vez. . .

Lo he decidido.

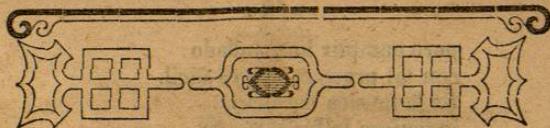
BLAN. Conque nunca!!

COND. Jamas!!

BLAN. Pues si desploma
sobre los dos su maldicion el cielo,
señor conde! acordaos que habeis tenido
á la noble condesa á vuestras plantas;
que os rogó con el bien. . . y en vano ha sido.
(*Se retira por la izquierda.*)

COND. Veremos de los dos quién mejor obra.
Vos, males me anunciáis. . . para vencerlos
Dios me proteje, corazon me sobra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



*Salon de descanso: puerta á la izquierda: otra se-
creta á la derecha: en el foro tres arcos y des-
pues los salones de baile iluminados y enchidos de
damas y caballeros.— En la escena, muebles ri-
cos de la época.— Aparecen el conde sentado y
Ballesta de pié á una respetuosa distancia.*

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE—BALLESTA.

COND. Has cumplido mis deseos:
muy bien, Ballesta, me placen
las claras muestras que has dado
de ligereza y buen arte.

BALL. Yo no he hecho mas que seguir
la senda que me trazásteis.

COND. No es poco: para mandar,
basta con breves instantes;